

VII

La ciudad de Yokohama. Visita al superintendente de las Aduanas. Primeros preparativos. Las fiestas de Otoño. Aspecto del pueblo japonés. Breves reflexiones sobre la conveniencia de establecer en México colonias japonesas de preferencia á las chinas.

o bien se detuvo el vapor, cuando el ruido de la maniobra y aun la misma quietud de la embarcacion, á cuyos violentos balances y cabeceos estábamos ya acostumbrados, nos hizo salir de nuestro tranquilo sueño. Aunque todavía reinaba profunda oscuridad, el deseo de aspirar las emanaciones de la tierra y la ardiente curiosidad de conocer en su país á los pobladores del Japon, me quitó el sueño como por encanto, y me incorporé en el lecho con el fin de examinar, siquiera al través de la porta ó ventila de mi cámara, á los tripulantes de los botes japoneses que rodeaban al «Vasco,» y cuya presencia se denunciaba ya por un vago rumor de conversacion en lengua extraña, ya por esa especie de chasquido que producen las olas mansas al mecer una pequeña embarcacion.

Las nubes habian desaparecido casi por completo, y á la escasa claridad de las estrellas solo pude ver por lo pronto como sombras á los asiáticos de los botes, con sus trajes talaes y sin mas tocado que un pañuelo

anudado en la parte inferior de la cara, el cual á manera de venda, les defendia la parte superior de la cabeza, las mejillas y las orejas contra el frio, bastante vivo, de la mañana.

A lo largo de la costa se extendia por los muelles y las calles que miran al mar, hasta donde alcanzaba la vista hácia el Norte, una dilatada línea de luces bastante intensas, y que desde luego me dieron á conocer el muy buen alumbrado de gas con que cuenta la ciudad japonesa. A mayor distancia y á cierta altura sobre el mar, se distinguían las negras masas de las colinas que rodean á Yokohama por la parte de tierra, limitando el horizonte las montañas lejanas sobre las que descuella el dominante pico del Fusi-yama,* cuyo esbelto cono cubierto de nieve se veia blanquear entre las sombras de la noche.

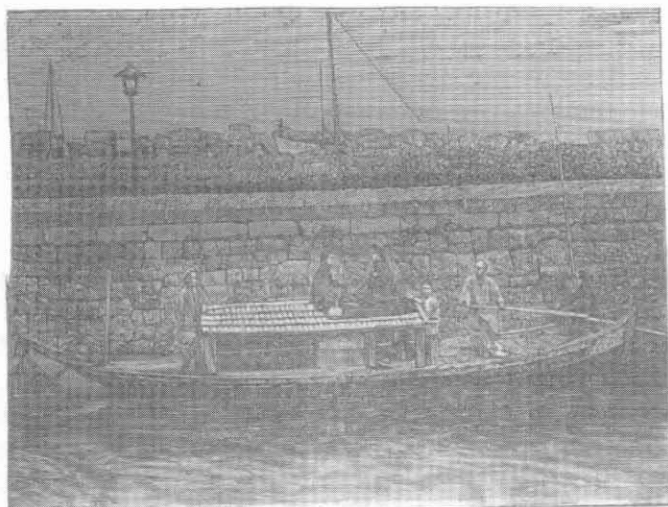
Apenas habia comenzado la vaga claridad del crepúsculo cuando todo el mundo estaba sobre cubierta. Poco despues los primeros reflejos de la aurora empezaron á dorar la cima del Fusi-yama, y descendiendo gradualmente hasta las playas, iban disipando las nieblas y descubriendo el encantador paisaje de la costa que teniamos hácia el Occidente, en la cual se extiende la ciudad casi europea de Yokohama, y un poco mas al Norte su hermana la ciudad enteramente japonesa de Kanagawa. Las colinas cubiertas de verdor, que forman una inmensa curva al derredor de la primera, se veian salpicadas de casas de campo habitadas por las autoridades japonesas y por los representantes de los países extranjeros, cuyas banderas casi siempre están enarboladas.

En el promontorio, llamado "Bluff," que por la parte meridional de la ciudad limita la gran curva de eminencias que la circundan, está el campamento de las dos ó tres compañías de infantería de marina

* Fusi-yama significa *montaña sin igual*, y creo que tambien *montaña sagrada*. Su altura se estima en 4310 metros sobre el nivel del mar.

francesa, y no muy lejos de allí el de la inglesa, que ocupan todavía las alturas inmediatas á Yokohama, con gran descontento del gobierno y del pueblo joponés, y acaso tambien con perjuicio de los intereses futuros de aquellas nacionalidades. Pero la incorregible y funesta manía que tienen algunas potencias europeas de hacer por todas partes ostentacion de la fuerza bruta, es superior á los consejos de una política previsora, la cual les indica claramente lo preferible que seria tratar de recobrar la simpatía de los pueblos á quienes han tratado con tanta rudeza, procurando ejercer en ellos la influencia puramente moral, única eficaz y duradera en este siglo. Los anglo-americanos siguen un sistema diametralmente opuesto, y á fé que tienen razon, pues cada dia se atraen mas la amistad de aquel pueblo digno y altivo, que no puede dejar de sentirse profundamente herido al ver dia á dia en su territorio las bayonetas extranjeras. En los últimos dias que pasé en el Japon se decia que el Gobierno Imperial habia rehusado revisar y hacer ciertas reformas á los tratados que tiene celebrados con algunas naciones europeas, mientras estas insistiesen en conservar en aquel país la mas leve manifestacion de fuerza.

La máquina de la descarga comenzó á funcionar con el nuevo dia, y en medio de la alegre confusion, compañera inseparable del arribo al puerto apetecido, despues de una dilatada y penosa navegacion, todos los pasajeros comenzaron á contratar, para su desembarco, los numerosos botes que nos rodeaban. Yo seguí el ejemplo general, urgido, además, por la necesidad de tomar los últimos informes que me faltaban para decidirme á permanecer en el Japon, ó á continuar el viaje hácia la China. Acompañado por el Sr. Barroso, bajé á uno de aquellos botes, dejando á bordo á los demas compañeros para que hiciesen desembarcar nuestro cargamento en el caso de que debiésemos quedarnos en Yokohama.



«Fune» ó Bote Japones.

En pocos minutos nos condujo á tierra el ligero esquife en que vogábamos. Era una embarcacion larga y estrecha, de doble fondo, alta en la proa y abierta en la popa como todas las que veíamos en la bahía. Estos botes son á veces tan angostos, que para, aumentar su estabilidad cuando la mar está algo gruesa, se les arma de un madero de cuatro á cinco metros de longitud, perpendicular á la direccion de la quilla, y terminado por un cuerpo flotante. En cambio son muy ligeros, y un solo hombre los impele y los dirige manejando, generalmente de pié y vuelto hácia la popa, dos remos que emplea á la vez como propulsores y como timones.

Una vez desembarcado, tuve que hacer un supremo esfuerzo de voluntad para no detenerme á examinar cada una de las cosas que veia. Los trajes, los tipos, los diversos objetos de venta, la forma de las casas, todo era diferente de lo que estaba acostumbrado á ver y excitaba vivamente mi curiosidad; pero era preciso no perder tiempo, pues solo contaba á lo mas con un dia para

tomar mi determinacion definitiva, debiendo el «Vasco de Gama» proseguir su viaje para la China acaso antes de veinticuatro horas. Por otra parte, es superior á mis fuerzas la descripcion de todo lo que tuve ocasion de ver en el Japon; y ademas de mi insuficiencia para describir, la naturaleza de mis ocupaciones tan apremiantes por la escasez de tiempo para desempeñarlas, me impidió entonces y aun en lo sucesivo observarlo todo con el detenimiento que es indispensable para hacer una pintura fiel de cuanto me llamó la atencion durante mi residencia en aquel país. Habré, pues, de conformarme con reproducir por medio de grabados algunas de las vistas, monumentos y tipos japoneses, copias exactas de muy buenas fotografías que adquirí en Yokohama, las cuales están tomadas directamente de los objetos que representan, y hechas algunas de ellas por el Sr. Barroso tan hábil fotógrafo como entendido ingeniero. Intercalaré los grabados en el curso de toda esta relacion aun cuando no me ocupe especialmente en hablar de los asuntos á que se refieran, con lo cual no puede menos de ganar el lector, porque una buena pintura es siempre superior en elocuencia á la mejor descripcion.

Mi primera diligencia fué la de informarme de la residencia del Sr. Kíndaro Tanaya, superintendente de las aduanas del Imperio, y para quien tenia yo una carta de recomendacion del cónsul japonés de San Francisco. Me dirigí con ese fin á algunos japoneses que se hallaban cerca del muelle, y cuyos uniformes á la europea me hicieron creer que fueran guardas ó empleados inferiores de la administracion; pero á pesar de haberles hablado en inglés, en frances, en español y aun recurriendo á mis escasos conocimientos en el aleman y el italiano, no me comprendieron. Sumamente atentos como todo el pueblo japonés, solo me contestaban con palabras en su idioma y con reverencias y ademanes que demostraban su sentimiento de no poderme prestar sus servicios por

no entender lo que yo deseaba. Uno de ellos me condujo hasta una especie de barraca de madera en donde estaba otro empleado que hablaba algunas palabras del frances; pero despues de escuchar con mucha atencion mis preguntas, y de hacer repetidas genuflexiones á la japonesa, solo me contestó: «j' ai compris bien,» y continuó hablando en su lengua. Le repetí mis preguntas, pronuncié varias veces el nombre del superintendente y se lo mostré escrito en la carta, sin adelantar por eso en lo mas minimo respecto á informes inteligibles. Por último en sentido interrogativo le dije repetidas veces la palabra *aduana* en frances y en inglés, y entonces fuí mas feliz, pues me señaló á poca distancia de alli un gran edificio de estilo europeo rodeado de jardines. Nos dirigimos inmediatamente hácia él el Sr. Barroso y yo, despues de dar las gracias á nuestro cicerone, y atravesando el jardin por la primera puerta que se presentó á nuestra vista, entramos á un vestíbulo donde unos guardias con los saludos de costumbre nos indicaron otras piezas en que otros empleados que comprendian el inglés, nos dieron al fin informes acerca de la hora y sitio en que podriamos hablar con el superintendente.

Poco despues le hallamos, en efecto, en su despacho. Al hacernos anunciar, fuimos introducidos á un salon sencillamente adornado á la europea, y en cuyo centro conforme á la costumbre japonesa, se hallaba el estrado consistente en sillas colocadas alderredor de una mesa redonda cubierta con un tapiz, y sobre la cual estaban el braserillo, el tabaco, las pipas y demas útiles de fumar. El Hon. Sr. Kíndaro Tanaya nos recibió con la cortesia caracterfstica de su nacion, acompañada de frecuentes inclinaciones de cuerpo, aunque algo templadas á causa tal vez del continuo trato que por la naturaleza de sus funciones debe tener con los europeos y anglo-americanos. Sin duda el superintendente tenia ya aviso de mi llegada y del objeto de mi viaje,

pues en muy buen inglés contestó inmediatamente á mis primeras palabras manifestándose sabedor de una y otro. Me dijo que las comisiones francesa y anglo-americana habian estado en Yokohama y en la capital Tokio hácia el mes de Setiembre; y que aunque no estaba seguro de cuáles eran los lugares en que contaban hacer sus observaciones del tránsito de Vénus, creia que fuesen Kobé ó Nagasaki, pues hacia tiempo que se habian embarcado en Yokohama con direccion al Sur del Imperio.

Por falta de datos no podia yo darme cuenta de las razones que debian haber obrado en el ánimo de Mr. Janssen, miembro del Instituto, presidente de la Comision francesa y de Mr. Davidson, presidente de la anglo-americana, para obligarlos á decidirse por la eleccion de estaciones mas meridionales que Yokohama; y temiendo que hubiera sido en virtud de malos informes respecto del clima de esta última ciudad, pregunté al superintendente si habia algo acerca de esto.

—No creo, me contestó, que Nagasaki y Kobé gocen de un clima superior al de Yokohama; porque en esta ciudad el cielo es generalmente purísimo durante el invierno.

—Así me lo han asegurado, le dije, y sin duda aquellos señores habrán tenido que sujetarse á instrucciones recibidas de antemano, ó acaso hayan deseado ganar algunos grados en la altura del sol hácia el fin del fenómeno.

—Es probable que así sea y que solo hayan estado en Tokio con el fin de ponerse en relacion con el Gobierno Imperial.

—Esto mismo me propongo hacer, contesté, y puesto que los informes de vd. corroboran los que ya tenia, me decido desde este momento á observar aquí ó en la capital, pues ganaria muy poco con ir algo mas al Sur, y puedo perder mucho con algunos dias mas de

navegacion, contando con tan pocos para hacer todos mis preparativos. Como mi país no tiene en el de vd. representantes diplomáticos ni consulares, supongo que no habrá inconveniente en que sea yo presentado al Gobierno Imperial por el ministro de los Estados Unidos á quien vengo recomendado.

—Ninguno, señor, ni creo indispensable que se haga vd. presentar por un ministro extranjero, pues estoy seguro de que mi gobierno acogerá dignamente al honorable comisionado mexicano por el simple hecho de que trae un objeto tan útil para la ciencia y tan honroso para él; pero puede, en efecto, ser Conveniente la presentacion de vd. por Mr. Bingham, representante de los Estados Unidos, en atencion á que quizá en menos tiempo quedará todo arreglado y vd. libre para consagrarse á sus trabajos.

—Así lo creo, pues en mi calidad de extranjero, seria acaso difícil ó por lo menos dilatado, el ponerme en relacion con el Gobierno Imperial. Doy á vd. las gracias por todos sus informes, y permítame vd. que le diga que, además de la honra de conocerle, no es del todo desinteresado el deseo que me indujo á aceptar en San Francisco cartas para vd. Nuestras cargas deben desembarcarse hoy mismo, puesto que estoy resuelto á quedarme aquí, y entre ellas las cajas que contienen los instrumentos astronómicos de la Comision. Como estos son sumamente delicados, y temeria yo que al ser examinados en la aduana recibiesen algun golpe, me tomo la libertad de suplicar á vd. que recomiende á sus subordinados el mayor cuidado al practicar esa operacion.

—Con mucho gusto, contestó el Sr. Kíndaro Tanaya, y llamando á un empleado, le dió órdenes en su idioma.

La respetuosa actitud de este subordinado delante de su superior, y la frecuencia con que el primero al

escuchar atentamente las órdenes del segundo, repetía el monosílabo «gí, gí,» que significa «sí,» «está bien,» «comprendo,» ó algo equivalente, me hizo creer que el superintendente enviaba á aquel á la aduana con el fin de que hiciese allí la recomendacion que le habia yo pedido; pero me explicó en seguida que lo que le habia mandado era extender por escrito aquella orden; y poco despues volvió, en efecto, el empleado con una hoja de papel cubierta de gruesos caracteres japoneses ó chinos. Despues de ponerle un sello rojo, me la dió el Sr. Kíndaro Tanaya, diciéndome que á la hora en que dispusiese yo el desembarque de las cargas y su introduccion á la plaza, hiciese presentar en la aduana aquel documento, con el cual quedaria obsequiado mi deseo.

Dí las gracias al digno funcionario por su cortés amabilidad, y me separé de él para disponer que inmediatamente fuesen conducidos á tierra nuestros bagajes, lo que tuvo su verificativo muy poco tiempo despues. Yo mismo presenté á los empleados de la aduana el pliego del superintendente, con el fin de presenciar el exámen de las cajas y tratar de que no sufriesen daño alguno los aparatos; pero ví con agradable sorpresa que no solamente eran tratadas con todo cuidado, sino que ninguna se mandó abrir, ni aun las que contenían nuestros equipajes. Los empleados se limitaron á preguntarnos cuáles eran los bultos que nos pertenecian, é inmediatamente les pusieron el sello que indicaba el pase libre. Admirado de esto, pedí la orden del Sr. Tanaya con el objeto de conservarla y hacerla traducir. Está concebida así:

Noviembre 9 del 7º. año de Meidgi.

Con este testimonio se permite que entren libres de derechos los instrumentos matemáticos pertenecientes al Gobierno de México.

Un sello.—Aduana de Yokohama

La cortesía del funcionario japonés no era mas que el preludio de las muchas atenciones que en lo sucesivo recibí del ilustrado Gobierno Imperial y del local de Kanagawa.

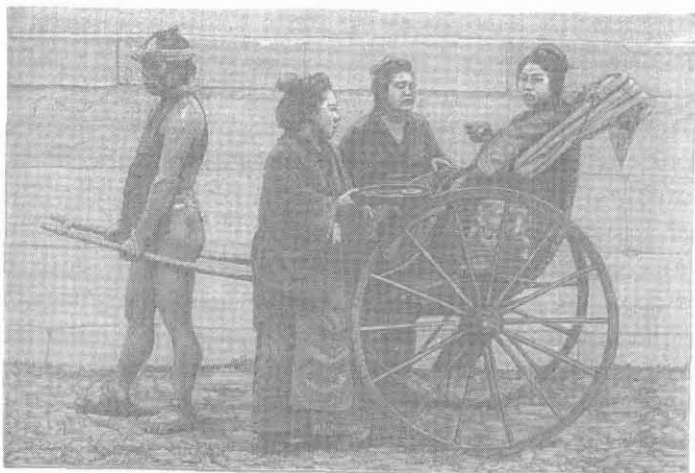
Una vez arreglado felizmente todo lo relativo á la aduana, hice trasportar nuestros bagajes al hotel frances en que habiamos tomado alojamiento, y que se halla casi en el centro de la parte europea de la ciudad. Esta se encuentra, en efecto, dividida en dos fracciones, que por la diversa fisonomía de sus pobladores y de sus edificios, constituyen realmente dos ciudades distintas. La parte oriental, incluyendo las colinas que la ciñen por ese rumbo y por el Sureste, comprenden la *concesion europea*, que es la demarcacion dentro de la cual está permitida la libre residencia de los cuatro ó cinco mil extranjeros que hay actualmente en Yokohama. La fraccion occidental forma la poblacion japonesa propiamente dicha, que se extiende hacia el Noroeste casi hasta confundirse con la otra ciudad japonesa de Kanagawa, de la que solo está separada por algunas eminencias de poca altura y un canal que desemboca en la bahía. En la parte europea todas las construcciones son de la arquitectura y del estilo occidentales, si bien ligeramente modificados por el tinte local; mientras que en la Yokohama asiática, que comienza realmente desde el *Matchi-guai-shó*, ó Palacio del Gobierno, construcciones, pobladores, trajes y costumbres, son enteramente orientales.

Nuestra entrada á la ciudad tuvo lugar conforme á la costumbre japonesa, quiere decir, que fuimos conducidos á nuestro alojamiento en los pequeños carruajes llamados *dgin-rik-shá* (coche tirado por hombre).* Consiste este vehículo en una carretela pequeña de la forma de las llamadas *victorias*, aunque solo tiene dos ruedas y las varillas que sirven para ejercer la traccion.

* Con la combinacion de las letras *dg* procuramos imitar el sonido de la *g* japonesa, que suena como en el frances delante de las vocales *e*, *i*, aunque mas fuerte.

Viene á ser casi igual, ó al menos muy poco mayor, que los coches que sirven de juguete á los niños. Un hombre colocado entre las varillas tira de este ligero carruaje, y los japoneses le comunican tal velocidad, que sostienen ventajosamente la lucha con el trote largo de un buen tronco de caballos.

Por lo general una sola persona ocupa el *dgin-rik-shá*, aunque no es raro ver á dos instaladas en él. El *dgin-riki*, nombre que tiene el japonés que hace el papel de animal de tiro, á la vez que el de conductor, no atiende al mayor ó menor peso de la *carga*, sino á la distancia á que debe trasportarla, y la tarifa es de unos doce centavos por una *course* de cerca de una legua que recorre en unos cuantos minutos.



El «Dgin-rik-shá»

Durante mi residencia en el Japon hice uso diariamente de este medio de transporte, porque no habia otro para el público, y porque establecí mi campo, como se verá mas adelante, en una colina á cerca de tres

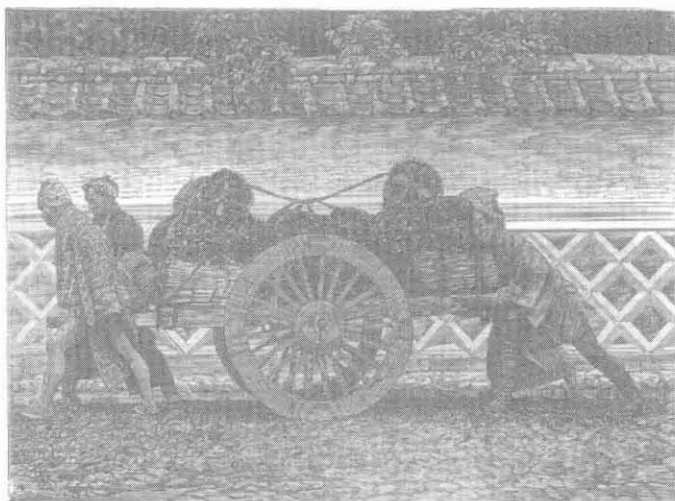
kilómetros de distancia del hotel á donde tenia que ir á comer; pero en verdad, á pesar de todas las ventajas y comodidades de los *dgin-rik-shá*, no obstante que veía el gran número de gente que vive de ese trabajo, nunca pude habituarme á contemplar con indiferencia á aquellos infelices *dgin-riki* corriendo con una agilidad y una rapidez que solo la práctica constante puede hacer tan prodigiosas. Cuando mas tarde, en el rigor del invierno, hacia yo mi viaje cotidiano, me causaba una impresion verdaderamente dolorosa mirar al *dgin-riki* que en su vigorosa carrera iba regando materialmente la nieve que cubria las calles con el sudor que corria de su rostro por efecto de la fatiga. Hacia yo siempre en favor de aquellos hombres lo único que estaba en mi mano hacer, expresarles mi sentimiento de compasion por medio de un aumento de paga, lo cual me valia profundas reverencias de su parte y mucha eficacia en servirme.

Pero si causa profundo disgusto el espectáculo del hombre convertido en béstia de tiro, pasa á ser repugnante el que ofrecen algunos europeos ostentando el lujo ridículo é inhumano de hacer acompañar sus carruajes por japoneses á pié, llamados *bet-to* (palafraneros), que van corriendo al lado de las portezuelas al paso de los caballos. En vano dicen los que tal práctica siguen, que la adoptan con el fin de evitar que, por cualquiera accidente, atropellen los caballos á los pedestres; porque razon seria esta para servirse solamente de animales bien enseñados al tiro y de cocheros diestros. Por otra parte, los *bet-to* serian muy poco útiles, y tal vez las primeras víctimas en el caso de que los caballos se desbocasen. Sea de esto lo que fuere, el hecho es que corren así por horas enteras tanto dentro como fuera de la ciudad, con un vigor extraordinario. Es probable que esa costumbre haga muchas víctimas de afecciones pulmonares entre los japoneses, sobre todo durante el invierno en que

están expuestos á cambios muy bruscos de temperatura, pasando de una abundante traspiracion originada por la actividad de tan rudo ejercicio, al enfriamiento rápido producido por la quietud repentina á que por el cansancio se entregan cuando llegan al término de su carrera. Juzgando por la desagradable impresion que siempre me causaba ver el contraste de la bella dama inglesa ó del caballero cómodamente reclinados en su carretela, cubiertos de pieles para defenderse del frio, y por lo comun conduciendo personalmente los caballos al trote largo, con el infeliz bet-to respirando con dificultad en su furiosa carrera para conservarse en su puesto, creo que ningun japonés ilustrado, y los hay en gran número, debe contemplar sin indignacion un espectáculo cuyo primer efecto es el de manifestar de una manera desembozada la desigualdad extrema de condiciones en que la pobreza coloca á sus compatriotas respecto del europeo, cuya fortuna se ha improvisado tal vez en aquel país. Por lo que á mí toca, nunca pude evitar á la vista de una moda tan inhumana, que se presentasen á mi memoria los esfuerzos de esos mismos ingleses para establecer y propagar en su país las sociedades protectoras de los animales, y no alcanzaba á darme cuenta de la palpable inconsecuencia con que tan solícitos por el bienestar de un jumento, se mostrasen tan indiferentes por el fatigoso é innecesario trabajo de un sér humano.

Para trasportar fardos ó cualesquiera otros efectos pesados, casi nunca los cargan los japoneses en las espaldas como lo hacen nuestros cargadores, dotados de una gran fuerza muscular, sino que se sirven de carros ó plataformas que tienen dos ruedas colocadas en su parte central. Sobre estas plataformas ponen cuidadosamente la carga de modo que quede equilibrada de la mejor manera posible, y entonces impelen el carro por lo comun entre cuatro hombres, situándose dos en cada uno de sus extremos, y ejerciendo su empuje sobre un madero

atravesado que va fijo á la misma plataforma. Para hacer simultáneos sus esfuerzos los dos hombres de la misma pareja, y alternativos respecto de la otra, los acompañan de un canto breve y monótono constantemente repetido durante el trabajo. Transportan así pesos verdaderamente enormes, y de esa manera fueron conducidos nuestros fardos desde la aduana hasta nuestro hotel, y mas tarde á nuestros campos astronómicos.



El «Shárika» o carretón

Tan luego como quedó instalada la Comision en su alojamiento, principié á dar los pasos necesarios para ponerme en relacion con el gobierno local de Kanagawa y con el imperial residente en Tokio. Nada pude adelantar, sin embargo, en los primeros dias, á consecuencia de haber coincidido la fecha de nuestro arribo con la de las fiestas públicas llamadas de Otoño, que se celebran hácia la mitad de Noviembre, y durante las cuales se suspende la mayor parte de los negocios, pues casi todos los funcionarios públicos disfrutaban de

una especie de vacaciones. Tuve, pues, que resignarme á esta contrariedad inesperada; pero á fin de no perder tiempo en lo que podia aprovecharse, busqué desde luego un artesano inteligente que se encargara de la construccion de los observatorios, cuyo plano habia yo formado durante la travesia del Pacífico; y tambien comencé á explorar con todos los ingenieros las inmediaciones de la ciudad, con el objeto de elegir sitios á propósito para establecer nuestros campos, ó al menos unos de ellos, pues tenia la intencion de que el Sr. Jimenez, con el Sr. Fernandez como ayudante, se instalasen cerca de Yokohama, y yo ayudado por el Sr. Barroso, en otro punto algo distante, y si era posible en la misma ciudad de Tokio, capital del Imperio.

No tardé mucho en hallar un artesano muy laborioso y bastante entendido. Era un chino llamado Mow-Cheong, establecido hacia algunos meses en el Japon, y que tenia en Yokohama una carpintería á la vez que una especie de agencia para toda clase de construcciones. Hablaba un poco el inglés, ó mas bien la gerigonza anglo-china que se va extendiendo en el Asia á medida que crece su tráfico con los ingleses. Al principio me fué difícil comprender el dialecto de Mow-Cheong, porque no solo tenia una pronunciacion viciosa, sino que tambien construia las frases probablemente conforme á su propio idioma; pero al fin me fui familiarizando con su manera de decir, lo bastante al menos para comprender sus preguntas y sus dudas respecto de la obra que le habia encomendado. Despues de mucho explicarle lo que deseaba, y de representarle en dibujos parciales las formas de las piezas que debia labrar, repetia él mis explicaciones y reproducia mis diseños. Si yo le aprobaba unas y otros, se manifestaba contento, y me decia: «Can do.» La experiencia me demostró siempre que el «can do» de Mow-Cheong, aunque estropease la lengua inglesa con la supresion de los pronombres, era la expresion

completa de que habia comprendido perfectamente lo que habia que hacer. Y en efecto, pocas horas despues volvia á verme trayéndome un modelo de la obra de que habiamos tratado, el cual estaba casi siempre construido con un esmero y minuciosidad enteramente chinos.

Tres dias despues de mi llegada, esto es el 12 de Noviembre, el activo artesano bien impuesto ya de todo, dió principio á sus trabajos, comenzando á ejecutar las obras de madera y disponiendo el labrado de las de piedra, con el fin de que estuviera todo listo para armarse en el sitio que se le designase. La baratura del ajuste que celebró conmigo, no obstante la prisa que yo le daba manifestándole la necesidad de que toda la obra quedase concluida antes del fin del mes, con la circunstancia de que por el contrato se obligó Mow-Cheong á conducir por su cuenta todo el material de mi observatorio hasta la capital para armarlo allí, me indujo á estimular su laboriosidad ofreciéndole un premio creciente por cada dia en que abreviase el plazo fijado para la terminacion del trabajo. Mow-Cheong se mostró muy deseoso de ganarlo, empleó á un buen número de obreros japoneses, y en mis frecuentes visitas á su taller me repetia constantemente en su especial inglés: «more quick more better;» pero no pudo conquistar el aumento de precio apetecido, á pesar de que me consta que lo procuró, pues era realmente difícil que hubiera podido terminar en menos de quince dias. Estoy convencido de que sin aquel estímulo no habria concluido los dos observatorios antes del 2 de Diciembre; y como vi su empeño, cuyo resultado fué que el campo del Sr. Jimenez quedase listo el 27 de Noviembre y el mio el dia último del mismo mes, me pareció justo, ya que no concederle aumento alguno sobre el precio extipulado, sí hacerle la pequeña concesion de no rebajar de aquella cantidad el importe del flete que dejó de pagar, puesto que mi observatorio se situó muy cerca de Yokohama en vez de

haberse establecido en Tokio, como era al principio mi intencion.

Desde que comenzamos nuestras exploraciones alrededor de la ciudad, halló el Sr. Jimenez un lugar que le pareció á propósito, lo mismo que á mi, para colocar uno de los campos. Estaba en la colina llamada «Bluff,» y dentro de la demarcacion en que el gobierno ha permitido que se establezcan los extranjeros sin necesidad de autorizacion especial. Esta última circunstancia era sumamente importante en el caso, poco probable á la verdad aunque posible, de que se me hubiera dificultado obtener pronto el permiso de las autoridades para situarme fuera de aquella demarcacion; y en virtud de esta consideracion, desde luego dispuse que se tomase en arrendamiento el terreno elegido, que era el lote señalado con el núm. 52 en los planos catastrales del municipio. Su propietario, que era un inglés, además del espacio suficiente para construir un observatorio, nos arrendó tambien una casa fabricada á la europea, y muy cómoda para servir de alojamiento á los individuos de la Comision que se instalasen en el campo astronómico del Bluff. Como este lugar habia sido del especial agrado del Sr. Jimenez, me pareció conveniente que él fuese quien ocupase esta estacion, dejándole por ayudante al Sr. Fernandez. Muy pocos dias despues, y tan pronto como se comenzó la edificacion del observatorio, se instalaron ambos señores en su nuevo alojamiento que reunia todo el *confort* necesario para pasar el próximo invierno, muy diferente en esto de las casas japonesas que no ofrecen comodidad ni abrigo alguno durante aquella cruda estacion.

En espera del término de las fiestas de Otoño para ponerme en relacion con el gobierno, empleábamos el tiempo en las exploraciones á que antes me he referido, en vigilar las obras de Mow-Cheong y en recorrer las pintorescas ciudades de Yokohama y Kanagawa. En

cuanto á las diversiones públicas que tenían lugar con motivo de las fiestas, la que mas concurso de gente atraía, era la de las carreras de caballos promovida y ejecutada por los ingleses, conforme al uso de su país, y con todo el entusiasmo que como es sabido les inspira este ejercicio. A unos dos ó tres kilómetros hácia el Sur de la ciudad y dentro de la demarcacion extranjera, está el hipódromo, vasto espacio de unos mil metros de diámetro, en término medio, y cuyo contorno tiene en consecuencia mas de dos kilómetros. Una doble barrera guardada por algunos soldados ingleses de uniforme rojo, limita el *turf* anular destinado á los justadores; y exteriormente á la mayor de aquellas se levanta el tablado que ocupan los jueces y el público que tiene comprado billete de entrada para aquel local. Los demas espectadores se instalan en otros tablados semejantes, ó bien se colocan á lo largo de las barreras tanto en el círculo exterior como en el interior.

Aquel día la lucha era entre caballos asiáticos montados por *jockeys* ingleses, los cuales vestían el ceñido traje de colores vivos, y la no menos estrecha montera que constituyen el atavío del jinete británico. El caballo japonés es de estatura mediana ó mas bien pequeña. Su cabeza es grande, la crin y la cola espesas y rizadas; todo su conjunto es poco airoso, y parece de un natural salvaje ó al menos mal domesticado. Su boca es tan dura, que acostumbrado yo á la facilidad con que se gobiernan nuestros caballos con el poderoso bocado mexicano, veía con sorpresa á aquellos animales que para dejarse montar era necesario que dos palafreneros los contuviesen por ambos lados del freno mientras que el jinete se colocaba en la silla. Al terminar la carrera era mas difícil aun contenerlos, pues aunque el jockey empleando las dos manos tiraba con todas sus fuerzas de las riendas, no lograba detenerlos sino á unos cien metros mas allá de la línea que señalaba el límite de la apuesta.

Escaso interés ofrecía para mí el espectáculo de la corrida, si bien los ingleses se manifestaban entusiasmados por la lucha é interesaban fuertes sumas en ella; pero en cambio presentaba el hipódromo un golpe de vista magnífico y tenía además para mí el atractivo de la novedad, pues era la primera vez que veía yo reunido un numeroso público japonés. Los hombres con sus vestidos talarés azules ó pardos, adornados generalmente de blanco y ceñidos con una ancha faja, tenían la apariencia de miembros de una comunidad monástica, tanta así era su uniformidad de trajes en la forma y en los colores. Esta semejanza se hacia aun mas perfecta, atendiendo á que la inmensa mayoría del pueblo japonés no usa sombrero, y como se rapan la parte superior de la cabeza reuniendo el resto del cabello, perfectamente peinado, en un solo hacecillo que se atan arriba del occipital, vistos por detras y á cierta distancia parecen tonsurados como los monjes cristianos. Algunos individuos de las clases inferiores del pueblo, como los bet-to y los dgin-riki, en lugar de traje talar, usan un calzon azul muy estrecho y una especie de blusa del mismo color en cuya espalda están trazados con caracteres japoneses blancos los nombres ó las armas de las personas de quienes son servidores.

Aunque muchos hombres y aun algunas mujeres comienzan ya adoptar el calzado europeo, la mayor parte de los japoneses conservan los zapatos de madera ó las sandalias de bambú, sin duda á causa de su ínfimo precio. Los primeros consisten en una tabla ó suela de madera colocada sobre dos tablitas verticales que están fijadas hácia la tercera y las dos terceras partes de la longitud de aquella, y cuya altura es de tres ó cuatro pulgadas. Una correa que está en la parte delantera de este zapato sirve para atarlo al pié, pasando entre el primer dedo y los demas. Las medias que usan todos los japoneses, creo que sin excepcion, tienen el espacio que corresponde al dedo principal separado del de los otros, de manera que

no presentan dificultad alguna al paso de los cordones con que se ata el calzado cuya apariencia general es la de una especie de puentecillo. Este zapato debe ser muy molesto para quien no esté acostumbrado á usarlo desde niño, pues no proporciona verdaderamente mas base ó apoyo al pié que la pequeña distancia que hay entre las dos tablitas; pero en cambio es propio pára andar sobre la nieve ó sobre el lodo de las calles sin ensuciarse los piés, circunstancia muy apreciable para los japoneses que son aseados en extremo. Sin embargo, la falta de



Damas japonesas de paseo

contacto íntimo ó de solidaridad, por decirlo así, entre el calzado y el pié, da por resultado un modo especial de andar, el cual consiste en levantar los piés un poco mas que nosotros, comunicando á todo el cuerpo en cada paso un movimiento muy poco airoso de oscilacion, ya hácia la derecha ya hácia la izquierda.

Me parece mucho mas cómoda la sandalia tejida de fibras de bambú que usan las clases inferiores del pueblo, la cual se ata de la misma manera, y que con excepcion del material de que está fabricada, es casi idéntica en la forma á la de piel curtida que usan nuestros indios.

El traje de las mujeres consiste en una série de batas abiertas por delante, sobrepuestas y de colores generalmente diversos, esto es, mas vivos los de las interiores y mas sombríos los de las exteriores. Todas estas batas tienen mangas muy anchas de una forma cuadrada, y que sirven á la vez de amplios bolsillos para llevar diversos útiles femeniles, entre los cuales figura por lo comun un pequeño espejo. El total del traje, se ajusta con un ancho cinturon de varios metros de longitud, y que despues de dar dos ó tres vueltas al derredor del talle, se anuda por detras formando un enorme lazo. Las japonesas se cuidan muy poco de hacer aparecer fina su cintura, de manera que no solamente desconocen el corset, sino que por el contrario dan á su talle un inmenso volúmen con la holgura de las batas acolchadas y con la larguísima faja que las sujeta. El vestido se estrecha hácia su parte inferior, de tal modo que en los piés tiene tan escasa anchura que no les permitiria andar con facilidad si no estuviera abierto longitudinalmente.

En lo que sí se muestran coquetísimas es en el peinado. Con el cabello se fabrican las figuras mas caprichosas, y entre ellas un verdadero arco que partiendo de la frente lleva su curva irreprochable hasta la parte posterior de la cabeza, en donde se reune con otras formas mas ó menos fantásticas construidas con los cabellos

de atrás y con los laterales. Ni una sola hebra de cabello se ve jamás flotar desprendida de la masa general de los edificios que con él se fabrican, pues el conjunto perfectamente liso y brillante, tiene la rigidez de un cable por muy finas que sean sus fibras.

Alguna vez tuve ocasión de presenciar el complicado trabajo que desempeña una *peluquera* al peinar á sus clientes, pues allí las mujeres tienen muchas veces este oficio, así como el de afeitar á los hombres. Asunto es este en que se invierten horas enteras, y en que se hace uso



«Musimi» ó Jovenes Japonesas

de peines de todas las figuras imaginables que no habia yo visto hasta entonces, de agujas, de cordones blancos y rojos finamente tejidos de un papel muy resistente, de bruñidores y de otra infinidad de utensilios de cuya existencia y utilidad no tenia la menor idea. Toda esta obra minuciosa se termina colocando con gracia entre el peinado y hácia la parte posterior de la cabeza, unas cuatro ó seis agujas largas de carey, de concha ó de metal, algunas de las cuales rematan en corales, esmaltes ó flores artificiales de vistosos colores; y otras veces completa el tocado una tela de seda roja bordada de blanco y graciosamente enlazada con el cabello.

Se comprende que una estructura tan sólida es capaz de durar varios dias, aun durmiendo sobre almohadas como las nuestras; pero con mas razon se conserva mucho tiempo sin alteracion, sirviéndose de las almohadas japonesas que usan tanto las mujeres como los hombres, pues estos son tan cuidadosos como aquellas para su peinado. Consisten estas almohadas en una pieza de madera de unos treinta centímetros de largo por doce ó catorce de altura y ocho ó diez de espesor. Su parte superior está cubierta con un cojin, y es en la que se apoya, no la cabeza, sino verdaderamente el cuello; y la inferior es ligeramente curva, de manera que oscila en su arco de círculo segun el punto del cojin de arriba en que se ejerce la presion. De este modo se concibe que el escaso espesor de semejante almohada impide reclinar en ella la cabeza, y en consecuencia queda esta al aire y por tanto libre de todo deterioro el primoroso tocado; pero en compensacion creo que solo una dilatada costumbre puede permitir el sueño sobre un aparato que, mas bien que medio de descanso, parece una guillotina. Nunca me asaltó la tentacion de experimentar sus ventajas, mas los japoneses le atribuyen muchísimas, y algunos me aseguraban que antes de habituarse á las europeas se expondrian á morir asfixiados si intentasen dormir con la

cabeza hundida en un mullido almohadon de pluma. El hecho es que no opinan de la misma manera los japoneses que han comenzado ya á adoptar poco á poco los trajes y las costumbres de los occidentales.

Aunque con otro género de complicacion, no es menos singular el modo con que las mujeres japonesas cortan el cabello de sus hijos, desde que comienzan á tenerlo hasta la edad de cinco ó seis años, poco mas ó menos. Afeitándoles la mayor parte de la cabeza, les dejan con el resto del pelo mil dibujos caprichosos, figurando ya un completo cerquillo como el de los frailes católicos, ya una série de círculos de diversos tamaños, ya por último motas ovales ó piriformes, teniendo cuidado de conservar intactas estas y muchas otras labores, mediante la operacion de recortarlas de tiempo en tiempo y de rapar con frecuencia todo el espacio comprendido entre ellas.

Los vestidos y otros varios usos europeos se van generalizando en el Japon de una manera notable, y que contrasta singularmente con la resistencia á adoptar las mismas costumbres que se advierte en el vecino Imperio de la China. En el Japon no solo la totalidad de los funcionarios y empleados públicos visten ya casi sin excepcion el traje europeo, sino que muchos particulares y gentes del pueblo que pueden proporcionárselo, lo han adoptado tambien. En esto como en otras muchas cosas se marcan perfectamente las tendencias opuestas de ambas naciones, y la marcha progresista de la una en contraposicion con el carácter esencialmente estacionario de la otra.

Todos los chinos que ví en San Francisco, el gran número de ellos que habitan en el Japon, y los millares que mas tarde ví en su propio país, son absolutamente idénticos en trajes y costumbres, sin que ni la miseria misma en que algunos de ellos viven ni la opulencia que rodea á los otros, tengan poder bastante para modificar de una manera sensible sus arraigados hábitos. Los japo-

neses, por el contrario, en el corto número de años transcurridos desde que su gobierno ha celebrado tratados de amistad y de comercio con las potencias occidentales y con algunas de este continente, no solo han admitido con cordialidad y buena fé á todos los extranjeros, sino que tambien van aceptando la civilizacion europea, manifiestan una verdadera avidez por instruírse y un decidido empeño por introducir en su país todas las grandes reformas sociales y mejoras materiales que emanan de la ciencia y de la cultura de las naciones de occidente.

El vapor y la electricidad han plantado ya sus reales en el Imperio japonés, mientras que en el chino será acaso precisa la intervencion de la fuerza para lograr el mismo resultado, vista la aversion con que mira todos estos elementos de civilizacion.

En el Japon puede hoy un extranjero internarse en el país bajo la garantía de un simple pasaporte de la autoridad que por todas partes es acatado; y en la China no es posible, sin peligro de la vida, traspasar los límites de las ciudades ó de los puertos mas concurridos. Precisamente poco antes de mi llegada al Imperio Celeste se habia dado el caso de un horrible asesinato cometido por unos piratas chinos en las personas de todos los pasajeros y tripulantes de un barco europeo que subia el rio á poca distancia de Canton ó de Macao; y este hecho atroz me hizo desistir del proyecto que tenia de visitar el interior de la China, obligándome á no pasar de Hong-Kong.

No podria yo insistir bastante en señalar las diferencias características de ambos pueblos que muy reconocidos en mi país, se confunden por lo comun, atribuyéndoseles la misma índole y el mismo espíritu de rutina, Pero lejos de tener el chino analogía alguna con el japonés, ofrece por el contrario en muchísimos rasgos un positivo contraste con el carácter de este. Los japoneses en efecto son casi siempre afables, corteses, valientes, pundonorosos y muy dóciles para aceptar todo género

de cultura; mientras que entre los chinos raras veces se encuentran cualidades semejantes.

Es claro que al exponer mis apreciaciones no me refiero mas que al conjunto de uno y otro pueblo, haciendo completa abstraccion de las excepciones que en ambos pueden presentarse respecto de la regla general.

Y aquellas se encontrarán comprobadas si se examina la conducta que observan las colonias asiáticas en las naciones en que se hallan establecidas, y aun las simples aglomeraciones de individuos de esa raza en lugares sujetos á la autoridad de otro pueblo. Así, por ejemplo, en San Francisco de California los chinos han estado varias veces á punto de ser expulsados del territorio americano por sus demasías; y en el puerto de Hong-Kong solo pueden las autoridades inglesas contener algo sus desmanes prohibiéndoles que anden por las calles á ciertas horas de la noche, y haciendo arrestar á los contraventores.

No existen en verdad hasta hoy en otros países colonias ó reuniones de japoneses tan numerosas como las chinas; pero en la gran cantidad de ellos que se hallan en los Estados Unidos y en las principales capitales de Europa, lejos de dar motivos de queja, se hacen notables por su moderacion y por su deseo de instruirse. No hay duda que todo esto es debido á la educacion que el gobierno procura difundir entre las masas populares y á la influencia moralizadora de las leyes cuya enérgica accion se hace respetar aun lejos de la patria. Citaré en prueba de esto las prevenciones que hace el gobierno á todo japonés que viaja, y que van impresas en el pasaporte ó permiso que les da para salir de su país. Un jóven que por conocer algo el frances, estuvo á mi servicio en el Japon en calidad de intérprete, y que hasta el dia no ha querido separarse de mí, habiéndome rogado que lo trajese á México con el fin de proseguir sus estudios, me ha traducido aquellas instrucciones, ó por mejor decir, aquellos artículos de una ley relativa á

los viajeros, los cuales están en vigor desde hace muchos años. Con excepcion del art. 7º, que ha sido derogado desde que se estableció en el Japon la libertad religiosa, los demas están vigentes, y son los que siguen:

Art. 1º—Es necesario imponerse bien de todos los artículos del tratado que exista entre el Japon y el país en que se viaje.

Art. 2º—Cualquiera cosa que se vea ó se sepa y se juzgue interesante para el Imperio, debe examinarse con el mayor cuidado para comunicarla á la legacion japonesa, si la hubiere. De lo contrario debe escribirse á las oficinas dependientes del Ministerio de Negocios Extranjeros establecidas en los puertos de Kanagawa, Osaka, Hiogo, Nagasaki, Nügata y Hakodate. *En el caso de no existir comunicaciones directas con estos puertos, se dará un informe exacto, al volver al país, de todo lo que puede interesarle.

Art. 3º—Una vez lejos de la patria, deberá fijarse la atencion en todo, observando al mismo tiempo la conducta mas moderada para no hacer jamás accion alguna, por leve que sea, que pueda ser vergonzosa para el Imperio. Nunca se contraerán deudas con extranjeros sin tener los medios y la seguridad de poderlas cubrir; pero si se contraen en virtud de alguna necesidad urgente é indispensable, es preciso pagarlas por completo antes de separarse del país en que se hayan contraido; y de lo contrario, al volver á su patria, será castigado el deudor ó su familia hasta que paguen.

Art. 4º—Si viajando se encuentra á un compatriota, se debe entrar en relaciones con él aunque no se le conozca de antemano, y si observa una conducta reprensible deben dársele buenos consejos, así como auxiliarlo hasta donde sea posible si se halla enfermo ó necesitado.

* Esos puertos son los que estaban abiertos al comercio de los países extranjeros. Hoy tambien lo está Tókió. El puerto de Kanagawa es el mismo de Yokohama, así como Hiogo es otro nombre que se da al de Kobe.

Art. 5º—En caso de disgusto ó cuestion con algun extranjero, debe tenerse la mayor calma posible; pero si ocurriere alguna cosa mas grave que no se pueda evitar, se presentarán á la justicia del país las quejas á que haya lugar, haciéndolo con mesura, por grande que sea el enojo originado por la ofensa recibida. Jamás deben cometerse acciones indignas como herir ó matar á un extranjero.

Art. 6º—Es preciso conservar siempre consigo el pasaporte ó permiso de viajar, y de vuelta á su país, enviarlo inmediatamente al Ministerio de Negocios Extranjeros ó á las oficinas indicadas en el art. 2º, segun las circunstancias.

Art. 7º—Está prohibido cambiar de religion y de nacionalidad.

Art. 8º—Se permite permanecer en cualquiera parte del mundo por un tiempo que, cuando no se fije de antemano, es por lo comun de 10 años.

Art. 9º—Al regresar á su país dentro del período señalado, debe darse cuenta exacta de todo lo notable que haya ocurrido durante el viaje.

Tales son las prescripciones, que aun fuera de su patria, señalan una conducta digna á los hijos de un pueblo que hace pocos años se llamaba todavía bárbaro; pero es preciso convenir en que algunas de ellas merecerian ser obedecidas por los viajeros de todas las naciones del mundo.

Siquiera de paso hago estas indicaciones, porque se ha hablado bastante en mi país de las ventajas que, segun algunos, traeria para México la inmigracion china. Por lo que á mí toca, tengo la creencia de que los que así opinan nunca han visto de cerca al pueblo chino cuyo menor defecto es el de no amoldarse jamás á lo que le es extraño, y desconocen por completo al japonés cuya inmigracion á este país sí juzgo realmente benéfica para la agricultura y para la creacion de algunas industrias á que se prestan

admirablemente las producciones naturales de nuestro suelo.

El cultivo de los gusanos de seda, los artefactos de este producto, las obras de ebanistería, de porcelanas y de lacas ó barnices en las que los japoneses no tienen rival, abrirían nuevos senderos á la actividad y al génio imitativo de nuestro pueblo, haciéndole prescindir poco á poco de su predileccion por la funesta minería de los metales preciosos, única industria que hasta hoy cultiva en grande escala. Además de esto, el pueblo japonés tan pobre como laborioso, tan laborioso como sóbrio, dotado por educacion de un profundo espíritu de orden y de respeto á las leyes, acostumbrado á buscar únicamente en el trabajo sus medios de subsistencia, proporcionaria á nuestros propietarios un gran número de jornaleros baratos, activos é inteligentes; á la vez que una colonia japonesa ofrecería á nuestro pueblo el saludable ejemplo de todo lo que puede lograrse con la constancia, la laboriosidad y la economía, aun en medio de las condiciones mas desfavorables.

